

PEDRO ANTONIO GONZALEZ

11/146-68



EL MONJE

Y OTROS POEMAS

BIBLIOTECA NACIONAL




0439607

NACIONAL
ILENA

111 446-68)

Colección "Numen" (Poetas de América)



EDITADA Y DIRIGIDA POR
CARLOS POBLETE

Correo N° 21

Santiago

CHILE

Talleres Gráficos "El Nuevo Imparcial"-Oct. 1953

PEDRO ANTONIO GONZALEZ

EL MONJE

Y OTROS POEMAS



*EDICION DE HOMENAJE
EN EL CINCUENTENARIO
DE SU MUERTE*



COLECCION "NUMEN"
Santiago de Chile

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Administración de Imp. y Bibli.

13 OCT 1953

Depósito Legal

*Próximamente: Poemas de WALT WHITMAN,
RUBEN DARIO, HERRERA Y REISSIG, DEL-
MIRA AGUSTINI, LUGONES, NERVO, JOSE
A. SILVA, PEZOA VELIZ, MAGALLANES
MOURE, EDGAR ALLAN POE, DIAZ MIRON,
VALENCIA*

PEDRO ANTONIO GONZALEZ

Caballero del Ritmo

Uno de los poetas que más honda huella han grabado en el corazón y en la memoria de los chilenos es, sin duda, Pedro Antonio González, autor de "Ritmos". libro aparecido en 1895.

Aquella época fué deslumbrada por el relámpago sonoro de su adjetivación, opulenta como una sinfonía, brillante como una gema. Ante él se apagó el balbuceo anémico de nuestros primeros poetas y se abrieron los insospechados horizontes de la poesía moderna.

Pirotécnico sensual de la palabra rimada, cantor epopéyico, amante sentimental y plañidero, poeta de profundo acento civil, arrancó a su lira todos los sonos e insufló hálito vital a muchos poetas de comienzos del siglo.

Nacido en 1863, en Coipué, departamento de Curepto, provincia de Talca, es decir en la plácida entraña campesina de Chile, el poeta recibió una

esmerada educación en la capital, actuando varios años como profesor de gramática, filosofía e historia, en colegios particulares. No alcanzó nunca el justo reconocimiento del Estado, y sus versos vieron la luz por la generosidad de algunos amigos.

Hoy, como ayer, el escritor sufre en nuestros países un drama social agudizado. El simulacro cultural en que vivimos sólo sirve de usufructo al caudillo analfabeto y al politiquero corrompido. El hombre de ideas no cuenta. Las ideas son peligrosas. Pedro Antonio sufrió intensamente ese drama, y una existencia urgida por el latigazo cotidiano de la miseria lo llevó a morir en una humilde cama de hospital, el 3 de Octubre de 1903.

A 50 años de su muerte, la memoria romántica de todo un pueblo continúa evocando las sentimentales estrofas de "El Monje" y el airoso ritmo de tantos poemas que sintonizaron la emoción de nuestra juventud.

La personalidad lírica de Pedro Antonio González no puede ser negada, y con todos sus defectos resiste el implacable polvo del tiempo, elude al silencio y supervive en la acústica del corazón.

P.

BIBLIOTECA NACIONAL



SECCIÓN CHILENA

COMO UNA PRIMICIA, PUBLICAMOS A
CONTINUACION EL TESTAMENTO LIRICO
DEL POETA

TESTAMENTO LIRICO DE PEDRO ANTONIO GONZALEZ

*Santiago, Hospital de San Vicente,
25 de Septiembre de 1903.*

MARCIAL CABRERA GUERRA.

Mi buen amigo:

Sigo mal, muy mal. Me llaman de ultratumba, y al partir hay que abrazar a los amigos. ¿Quién, para qué? El infinito reclama la ofrenda de la vida, para descubrir sus misterios, y habla sólo después que el fuego ha consumido la carne en holocausto.

Me voy sin pena. Convidado sin asiento en el banquete de la vida, pasé por el yermo mirando desde lejos el humo de las fiestas.

Fuí el eterno huérfano. Mi niñez no tuvo ósculos. Mi juventud careció de antídotos, y ya hombre, mis versos llevaron ofrendas a un altar sin Dios.

Fuí el eterno desgraciado; vine a la vida para cantar el dolor. Cultivé rosas avaras de perfume y di rocío a lirios manchados en su abrir. He sufrido, pero no he maldecido. ¿Qué más pude haber hecho por la humanidad? He comparado a Lúculo con Jesús, y he sabido optar entre la gula de uno y la castidad del otro. Lúculo sembró el hastío, y Jesús, la fraternidad, ese dulce sueño de la humanidad.

No he sido del todo desgraciado, porque he sabido comprender mi dolor; la lluvia, el granizo, la tempestad no son un mal: son caricias para la tierra, que sueña con violetas. Y del lodo del Invierno nace el perfume para la Primavera.

No puedo morir contento, porque dejo tantas cosas sagradas. Pero muero adorando el amor ideal.

Y me voy camino del Oriente, hacia la patria del ritmo.

Allí tocaré con mis manos el manto blanco de Virgilio.

Es propio de los hombres olvidar a los hombres, pero no olvide mis poesías el amigo a quien digo adiós desde esta almohada humedecida.

Este es mi testamento, que deposito en sus manos.

PEDRO ANTONIO GONZALEZ

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL MONJE

FRAGMENTO PRIMERO

I

Noche. No turba la quietud profunda
con que el claustro magnífico reposa
más que el rumor del aura moribunda
que en los cipreses lóbregos solloza.

Mustia la frente, la cabeza baja,
negro fantasma que la fiebre crea,
cadáver medio envuelto en su mortaja,
un monje por el claustro se pasea.

De cuando en cuando de sus ojos brota
un súbito relámpago sombrío:
el trágico fulgor del alma rota
que gime y se retuerce en el vacío.

No lo acompaña en su mortal desmayo
más que la luna, que las sombras ama,
que una lágrima azul en cada rayo
sobre las frentes pálidas derrama...

II

Es joven. Es su edad la del *allegro*,
la del himno, el ensueño y el efluvio,
en que es terso azabache el bucle negro,
en que es oro bruñado el bucle rubio.

Sin conocer placeres ni pesares,
se alejó del hogar siendo muy niño,
y fué a poner al pie de los altares
un corazón más puro que el armiño.

Algún recuerdo de la infancia, acaso,
rompe tenaz su místico sosiego
y desata en su espíritu a su paso
huracánicas ráfagas de fuego.

Acaso las borrascas de la tierra
traspasan las barreras de su asilo
y van con ronco estrépito de guerra
a desgarrar su corazón tranquilo...

III

Un día vió en el templo, de rodillas,
desde un triclinio del solemne coro,
una virgen de pálidas mejillas,
de pupilas de cielo y trenzas de oro.

Y su gallarda imagen tentadora
lo persiguió con incesante empeño,
turbó su dulce paz hora tras hora,
en el recreo, la oración y el sueño.

Cuántas veces, orando en el santuario,
no veía flotar en su ansia viva,
envuelta en la espiral del incensario,
su fantástica sombra fugitiva.

¡Cuántas veces, con hondo desvarío,
allá en sus noches de nostalgia loca,
no despertaba, trémulo de frío,
sintiendo el beso ardiente de su boca!...

IV

De súbito interrumpe su paseo
y lívido y extático se queda,
y mira con extraño devaneo
la blanca luna que a lo lejos rueda.

Y en la cúpula azul de pompa fídica
del templo secular de estilo mágico,
ensaya el ritmo de su voz fatídica
el ave de Satán, el cuervo trágico.

Y los cipreses lóbregos se quejan,
y al vaivén de sus copas que se alcanzan,
sus siluetas se acercan y se alejan
como espectros fantásticos que danzan.

Y tras los horizontes de Occidente
la luna melancólica se escombra.
Y allá en su corazón el monje siente
¡crecer la soledad, crecer la sombra!...

FRAGMENTO SEGUNDO

I

¿Por qué, por qué, sin fe para el combate,
el alma alada que a la cumbre vuela
olvida que es espíritu y se abate
cuando la frágil carne se rebela?

¿Por qué ludibrio de borrasca loca
la conciencia vacila y gime y calla
cuando el brutal instinto la provoca
a sostener con él recia batalla?

¿Qué hondo misterio es el que el hombre encierra,
que el cuerpo vence al alma en el gran duelo,
siendo el cuerpo una sombra de la tierra,
siendo el alma un relámpago del cielo?

II

Ante el sol inmortal que se levanta
y tiñe el éter de ópalo y de rosa,
el himno eterno de la vida canta
con magnífico ritmo cada cosa.

Mas, ¡ay!, el monje, en su nostalgia muda,
oye sólo zumbar el ala incierta
con que el lóbrego cierzo de la duda
bate las ruinas de su fe ya muerta.

Envuelto en el fantástico sudario
de su austera y flotante saya mística,
se arrodilla temblando en el santuario,
delante de la lámpara eucarística.

Es insondable, es infinito el velo
de la fúnebre noche que le ofusca.
Es un fantasma, es un sarcasmo el cielo;
huye más lejos cuanto más le busca.

III

Después de orar al borde del abismo,
siempre sin esperanza, siempre en vano,
y de sentir la nada de sí mismo,
le abre su corazón a un monje anciano.

Lleno de santa unción y amor profundo,
el viejo monje largo tiempo le habla
de que busque, en el piélago del mundo,
sólo en la Cruz su salvadora tabla.

—¡Ay! —le dice— del alma que blasfema
y que se olvida de su excelso rango,
y que arrastra su fúlgida diadema
y sus cándidas alas por el fango!

El alma que a sí misma se abandona
y que, entre el mal y el bien, el mal prefiere,
rompe el lazo que al cielo la eslabona:
¡vive para Satán, para Dios muere!

IV

Y él le oye. Y en su celda solitaria,
armado de una férula sangrienta,
a compás de una lúgubre plegaria,
verdugo de sí mismo, se atormenta.

En su místico anhelo de vencerse,
lleno de santa cólera se azota,
y de dolor su carne se retuerce
y roja sangre de su carne brota.

Es inútil su bárbaro martirio.
La fiebre estalla en su cerebro luego.
Y a través de las sombras del delirio
él ve flotar una visión de fuego.

Es la visión de la mujer que adora,
que con su carne pone su alma en guerra,
¡que lo acosa tenaz hora tras hora,
que lo hace al cielo preferir la tierra!

FRAGMENTO TERCERO

I

Tiende la noche sus flotantes tules,
y se envían los astros desde lejos,
a través de los ámbitos azules,
dulces besos de amor en sus reflejos.

Y hunde el monje en el éter infinito
los tristes ojos con afán profundo;
acaso escruta lo que Dios ha escrito
allá en el corazón de cada mundo.

Y bajo el nimbo de su luz risueña,
la blanca luna en cada rayo exclama:
“¡Soy una virgen pálida que sueña,
soy una virgen que se arroba y ama!”

Y ensaya el aura tibia sin sosiego,
en las trémulas copas de los álamos,
ritmos lejanos de ósculos de fuego
de bocas que se encienden en los tálamos.

II

Hace instantes no más, con qué inocencia,
la rubia virgen pálida que adora
le abrió ante el tribunal de la conciencia
por la primera vez su alma de aurora.

Hondas huellas de horror en él dejaron
los recios golpes de la lid sin nombre
que en su lóbrego espíritu trabaron
el ministro del cielo con el hombre.

Cada revelación que ella le hacía
era un tremendo vendaval deshecho
que sin piedad crispaba y retorecía
las recónditas fibras de su pecho.

III

—Padre —le dijo—, perdonad mi queja.
Siempre que caigo ante el altar de hinojos,
mi pensamiento del altar se aleja
y se llenan de lágrimas mis ojos.

Al mismo altar, con una audaz porfía
que hace que los sentidos se me arroben,
sigue mis pasos, tras la sombra mía,
la sombra melancólica de un joven.

Busco la soledad, y en ella vago,
y de amor cada cosa me habla en ella:
me habla de amor la música del lago;
me habla de amor el ritmo de la estrella.

Dadme, pues, padre mío, algún consuelo.
Es ya inútil luchar. Estoy vencida.
¿No es verdad que el amor brota del cielo?
¿No es verdad que sin él no hay sol, no hay vida?

IV

Y él exclamó: —No es éste un gran problema:
Dios manda que ame cuanto ser existe,
y su mandato es una ley suprema
a cuyo imperio ningún ser resiste.

Pero el amor su fin tan sólo alcanza
cuando con la conciencia se concilia;
cuando es su aspiración y es su esperanza
fundar el santo hogar de una familia.

Mas, el amor que ofende a la conciencia,
dando pábulo a instintos que la oprimen,
¡deja de ser sagrado, y es demencia;
deja de ser sagrado, y es un crimen!

V

Y el monje suspendió súbitamente
su evangélica plática sencilla,
y una lágrima trémula y ardiente
resbaló sin rumor por su mejilla.

La virgen núbil, por su rostro mudo,
desde el humilde sitio de su alfombra,
ver rodar esa lágrima no pudo,
porque esa lágrima rodó en la sombra...

FRAGMENTO CUARTO

I

Tarde estival. El cielo se dilata
por el gigante piélago sonoro,
como una inmensa túnica de plata
cuajada de soberbias flores de oro.

Habla todo de Dios: la limpia onda
que su albo nimbo por la playa tiende,
la casta estrella que en la bruma blonda
del pálido crepúsculo se enciende.

II

Cubierto el monje con su tosca saya,
murmurando en silencio: "Dios lo exige",
hacia una agreste aldea, por la playa,
bajo el sol que ya muere, se dirige.

El allá en sus salvajes horizontes
olvidará tal vez sus agrias penas:
respirará la brisa de los montes,
recobrará la sangre de sus venas.

III

Sirve la humilde aldea un cura anciano
que cumple su misión con santo anhelo,
que en cada feligrés ve un tierno hermano
que Dios le ordena conducir al cielo.

Mas ya no puede soportar la carga
de su labor de apóstol y profeta.
El peso de la edad ya lo aletarga.
Ya toca el linde de su vida inquieta.

IV

Le dice al monje: —Serás tú el baluarte
de la grey que Dios puso a mi cuidado;
tú empuñarás el místico estandarte
que yo abandono porque estoy cansado.

Y el monje le oye y le obedece y calla,
y con fervor a la labor se entrega,
y mayor goce en la labor él halla,
mientras mayor abnegación despliega.

V

Allá, cuando a lo lejos ya declina
el blanco sol entre celajes rojos,
el monje hacia la playa se encamina,
trémulo el paso y húmedos los ojos.

Sus olas a sus pies el mar prosterna
con ritmo a un tiempo unísono y diverso,
y le habla sin cesar del alma eterna
que difunde la vida al universo.

Del alma que es efluvio en la laguna,
y en la undívaga brisa ritmo eólico,
y en la serena, temblorosa luna,
lágrima azul del cielo melancólico.

Del alma que es visión que canta y vaga
allá en la nube trémula y berméja,
y que en la mustia estrella que se apaga
es recuerdo que llora y que se aleja...

FRAGMENTO QUINTO Y ULTIMO

I

En la capilla de la aldea tosca,
denso gentío de entusiasmo lleno
se agita como un piélago que enrosca
a la luz del relámpago su seno.

Ante el altar, el monje se dibuja,
lívido el rostro, la mirada triste,
extraño al gran tumulto que se empuja,
extraño a todo cuanto en torno existe.

II

Avanzan al altar, con pie seguro,
y reflejando en la pupila el cielo,
un apuesto doncel de traje oscuro
y una niña gentil de blanco velo.

El monje los contempla un corto instante
con el hondo y supremo paroxismo
de quien se ve de súbito delante
de la inmensa pendiente de un abismo.

En la diáfana tez de nieve y rosa,
y en los bucles aurinos y sedenos,
y el talle de palmera de la esposa,
él descubre a la virgen de sus sueños.

En su fatal, desgarradora cuita,
en vano, en vano, en su interior batalla
con el volcán de su pasión que grita,
con el volcán de su pasión que estalla.

III

Se absorbe. Se transporta, y a lo lejos,
desde el místico altar al lecho cálido,
ve marchar bajo un nimbo de reflejos
una novia gentil y un novio pálido.

Y oye entre raudos y variados giros
de misteriosas y argentinas brisas,
aleteos de besos y suspiros,
y músicas de arrullos y de risas.

Y ve jugar, bajo la luz eterna,
al umbral de un hogar lleno de efluvios,
sobre el regazo de una madre tierna,
un enjambre auroral de ángeles rubios.

IV

Y tiende a otro horizonte la mirada,
y allá en el pálido confín divisa
una lóbrega celda abandonada
donde una triste lámpara agoniza.

Forman su techo, que jamás se alegra,
ásperas tablas de nudosos troncos,
siempre cubiertas por la noche negra,
siempre azotadas por los cierzos roncós.

Y a la luz de la lámpara que oscila
ve arrodillarse un monje ante el vacío;
le ve enjugarse a solas la pupila,
y en su abandono tiritar de frío.

V

Y domina su bárbaro tormento
y la hiel de sus lágrimas devora.
Y a un hombre que no es él, con dulce acento,
desposa él mismo a la mujer que adora.

Y al soplo del dolor con que está en guerra,
siente su sangre transformarse en hielo,
huir veloz bajo sus pies la tierra,
sobre su frente derrumbarse el cielo.

Y entonces, ¡ay!, a su pupila asoma
la noche allá en su espíritu escondida.
¡Y al pie del ara santa se desploma
rígido el cuerpo, la razón perdida!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

PENTAGONO

LA PINTURA:

Yo soy la hermosa y opulenta Reina
que viste de flotantes arreboles;
y que sus bucles peina
bajo un nimbo de soles.

Yo hago brotar de las hirvientes linfas,
bajo la tenue bruma,
inmaculadas ninfas
con túnicas de espuma.

Es el pincel mi cetro soberano.
Yo llevo, como norma,
la visión del arcano,
el ritmo de la forma.

Es el éter azul mi vasto imperio.
Besa las orlas de mi regia gasa,
desde el hondo misterio,
cada estrella que pasa.
Llevo en mi frente que arde
y en mi pupila que sonrío y llora,
las sombras de la tarde,
los rayos de la aurora...



LA ESCULTURA:

—Yo soy la Reina de brillante clámide
y de pálido rostro pensativo.

Es la eterna pirámide
mi trono primitivo.

En mi culto se alternan
las edades veloces.

Y sus frentes olímpicas prosternan
los Genios y los Dioses.

Yo soy ante la aurora,
bajo el cielo infinito,
resurrección sonora,

grandiosa apoteosis de granito.

Es mi cetro el escoplo.

Es mi nimbo la yedra.

Yo hago, bajo mi soplo,
bullir el bronce, palpar la piedra.

Bajo el éter que oscila
me saluda el gran Sol desde el Oriente:
llevo la majestad en la pupila;
llevo la eternidad sobre la frente...

LA MUSICA:

—Yo soy la Reina de celeste cuna
que en el misterio de las noches solas,
en un rayo de luna
se columpia en las olas.

Con el alba sin tules
y el pálido crepúsculo, converso.
Yo tengo alas azules.
Yo lleno con mi soplo el Universo.
Yo alzo hasta Dios en mi ondulante giro
la escala de mis sonos.
En las auras suspiro;
rujo en los aquilones.
Soy undívaga fibra.
Soy clarín de batalla.
Soy ósculo que vibra.
Soy cólera que estalla.
Soy como los querubes:
vuelo con raudos, luminosos rastros,
más allá de las nubes,
más allá de los astros.
Sé todo lo que encierra
la estrella melancólica.
Yo no soy de la Tierra.
Yo soy la misteriosa Reina eólica.

LA POESIA:

—Yo soy la Reina mágica que labra
el oro de la idea,
y en el carro triunfal de la palabra
sus águilas pasea.
Yo lanzo hacia lo lejos
con mi fúlgido cetro de topacio,

cascadas de reflejos
que inflaman el espacio.
Mi carro cristalino
la excelsa cumbre del Olimpo salva,
y esmalta su camino
con las perlas del alba.
Cuando baten al viento mis corceles
sus raudas crines bellas,
florece los laureles,
florece las estrellas.
Yo describo sin calma
fantásticas eclípticas.
Yo hago brotar del alma
alas apocalípticas.
Cuando a mi soplo ruge
la formidable tempestad del verso,
con estrépito cruje
sobre su eterna base el Universo.

LA RAZON:

—Cesen ya vuestras odas.
Adoradme y amaos.
Yo soy la luz. Sin mí vosotras todas
sois pálidos fantasmas. ¡Sois el caos!

A R T E

*¡Alerta, soñador! Mide tu anhelo.
Tu juicio flota en un delirio extraño.
Sed de la Tierra y éxtasis del Cielo.*

GUILLERMO MATTA.

A ENRIQUE OPORTUS

¡Oh joven! Tú que sientes
el ansia eterna de un afán profundo,
habla; toma el buril; pulsa la lira.
Da paso a los relámpagos potentes
que iluminan el mundo
que en lo infinito de tu mente gira.

Asómate al abismo
de tu ser, conmovido y agitado
bajo la gran mirada de Dios mismo.

Ese mundo sin nombre
es un mundo que Dios te ha revelado.
Es tiempo ya de que a la cumbre vuelas.
¡Es tiempo ya de que también tú al hombre
ese mundo gigante le reveles!

Quizás, desconocido peregrino,
la planta errante, la mirada incierta;
sin pan, sin tener donde
doblar la frente fatigada y mustia,
prosigues en silencio tu camino,
sin llamar nunca ante ninguna puerta,
porque nadie responde
al triste acento de tu amarga angustia.

Acaso los imbéciles que eleva
la arbitraria fortuna,
cruzan, ¡ay!, junto a ti sin que conmueva
la inmensidad de tu dolor sombrío
con emoción alguna
su miserable corazón vacío.

Habla; toma el buril; pulsa la lira.
Ahoga en ti la queja
con que tu ardiente corazón suspira.
Deja en la Tierra para siempre escrito,
fijo en la Tierra para siempre deja
tu ideal infinito.
Sea tu voz la voz del sacerdote;
tu dogma el ideal; tu culto el arte.
El resplandor de Dios de tu alma brote.
Si el mundo no te escucha desde luego,
al fin acabará por escucharte:
¡tu ideal es de fuego!

Tú que tienes las alas poderosas
del águila atrevida,
sondea el grande abismo de las cosas,
sondea el grande abismo de la vida.

No es posible que calles
la gran misión para que Dios te nombra.
No es posible que sueñes y batalles
a solas en la sombra.

Mezcla tu voz potente y soberana
al cántico magnífico y risueño
que ante Dios, que lo escucha,
alza el ave a la luz de la mañana,
la casta virgen al primer ensueño,
y al porvenir la humanidad que lucha.

Habla; toma el buril; pulsa la lira.
No importa que con burlas te responda
la turba vil de imbéciles que gira
sin que tras su envoltorio de materia
—que arrastra apenas—, otra cosa esconda
que el hálito del fango y la miseria.

Rompe tu cárcel. La mirada espacia
sin miedo, sin desmayo.
Surca la luz con la potente audacia
del águila caudal que rauda sube
a despertar el formidable rayo
que duerme en las entrañas de la nube.

No es tu patria la Tierra.
Es tu espléndida patria cada mundo
que en sus eternos ámbitos encierra
el espacio profundo.

Habla; toma el buril; pulsa la lira.
La inmensidad sondea.
La gran mirada con que Dios te mira
tu libro eterno sea.
Notas y formas y colores bellos
la inmensidad te ofrece
para que encarnes para siempre en ellos
el mundo azul que en tu alma resplandece.

Saluda reverente al sol del día
que soberbio y magnífico se eleva,
rasgando el manto de la noche umbría;
que en sus rayos ardientes
a dondequiera de la vida lleva
las fecundas corrientes;
que turba de los bosques el reposo
con proféticos ruidos,
haciendo de ternura y alborozo
en el follaje palpar los nidos;
que desde el alta cima,
a impulsos de su llama misteriosa,
el universo anima,
dando un ritmo inmortal a cada cosa.

Acércate al santuario
de la cándida virgen soñadora:
oirás el coloquio solitario
de su alma con la aurora.

Es que ensaya el idioma sin rumores
que, absortas y arrobadas,
con la pálida luna hablan las flores
en las noches calladas.

Y verás desprenderse de su seno
lágrimas misteriosas
que mueren en mitad de su camino
sin alcanzar con su raudal sereno
a salpicar los lirios y las rosas
de su rostro divino.

Es que ha sentido las estrofas bellas
de agreste aroma de los vientos vagos;
las estrofas de luz de las estrellas;
las estrofas de espumas de los lagos.
Es que ha sentido para siempre rota
una fibra escondida.

¡Es que ha sentido la primera nota
del himno de la vida!

Sacude, pues, la inercia que te abate;
sacude pues tu abrumador desmayo.

Apréstate al combate.

Habla; toma el buril; fulmina el rayo.

Haz temblar de pavor al retroceso.

Haz temblar de pavor a la mentira.

Señala nuevos rumbos al progreso,
que a lo infinito, que a lo eterno aspira.

También proscrito del feliz palacio,
y azotada la frente
por el furor de la tormenta recia,
cruzó las soledades del espacio,
llenando el orbe con su voz potente,
el poeta más grande de la Grecia.
El Dios Homero careció de un lecho
en donde hallar consoladora calma,
en donde hacer enmudecer el pecho,
en donde hacer enmudecer el alma.
El Dios Homero tuvo sed y frío
en su negra jornada de aquí abajo.
Y no halló ni una gota de rocío,
ni un miserable andrajo.

Habla; toma el buril; pulsa la lira.
Al alto pensamiento,
al excelso ideal que Dios te inspira,
no falta ni una sola
de las cadencias múltiples del viento,
de las notas gigantes de la ola;
no falta ni uno solo de los rayos
con que al viejo pontífice levítico,
entre asombros y espantos y desmayos,
hizo temblar el Verbo sinaítico.



D A N T E S C A

¡Dante! — ¡Legión inmensa!
Los millones de alfanjes de su acento
—que las divinas cóleras condensa—
cruzan como relámpagos el viento.

Son fulgurantes hachas
forjadas en el Etna o el Vesubio
bajo todas las rachas
de todos los ciclones del diluvio.

¡Dante!—Los viejos astros
que alumbran el misterio del planeta,
saludan desde su órbita los rastros
de su gran cabellera de cometa.

Sus versos se levantan
en soberbio derroche,
como águiles que rugen y que cantan
encima de la noche.

Clarines de Dios mismo,
sus versos iracundos
truenan sobre el abismo
allá en las soledades de los mundos.

¡Oh, la margen serena
de la límpida fuente de Castalia,
donde vierte la hiel de su honda pena
delante de los vértigos de Italia!

¡Oh, la Selva sombría
de la montaña verde
donde bajo la luz del claro día
como en un vasto Dédalo se pierde!
¡Oh, la mística yedra
que despliega su cúpula sin nombre!
¡Oh, la quietud de piedra
donde comienza Dios y acaba el hombre!
¡Oh, las mudas congojas!
¡Oh, los oscuros miasmas!
¡Oh, las espumas rojas
de los monstruos fantasmas!
¡Oh, la luz del idilio!
¡Oh, la luz con que alumbra
la antorcha de Virgilio
la fúnebre penumbra!

Es la luz de las raudas alas de oro
con que ensaya Beatriz su primer vuelo
sobre la inmensa tempestad del coro
de los solemnes órganos del cielo.

¡Dante!—Ni las Sibilas, desde el Túscolo,
ni los pálidos Druídas, desde el Elba,
vieron brillar jamás el gran crepúsculo
del profundo horizonte de su selva.

¡La inmensidad tranquila
de los soles dispersos
dibuja en el cristal de su pupila
miriadas de miriadas de Universos!

Aléjase del limbo
de la enorme montaña.
Lleva la Primavera como nimbo,
Virgilio lo acompaña.
Los dos descienden solos
de topacio en topacio,
debajo del misterio de los polos
del eje de zafiros del espacio.
Y cruzan pavorosos firmamentos
donde la sombra con la luz batalla,
en medio del silencio de los vientos
de una gran tempestad que rueda y calla.
Y dialogan y vuelan
por arcanos profundos
donde náufragos rielan
cadáveres de soles y de mundos.
Ambos penetran luego
por la cárdena boca
de anchas lenguas de fuego
de una siniestra y formidable roca.

¡Oh, los nueve gigantes caracoles
de la sangrienta pira
de la extraña columna de crisoles
que allá en los antros del Infierno gira!
¡Oh, la espantosa base
del fulgurante electro
que a los abismos Satanás les hace
con sus alas fantásticas de espectro!

¡Oh, la lóbrega noche de su limen!
¡Oh, la ardiente mazmorra
donde el pálido crimen
su torpe infamia para siempre borra!
¡Oh, los inmensos focos!
¡Oh, los largos caminos!
¡Oh, los vértigos locos
de los inacabables torbellinos!
¡Oh, las treguas y calmas
que invoca la blasfemia tras el ruego!
¡Oh, la eterna carrera de las almas
bajo el diluvio de un ciclón de fuego!
¡Oh, los negros afanes!
¡Oh, los profundos ayes subterráneos!
¡Oh, los rojos volcanes
que estallan bajo el arco de los cráneos!

¡Dante!—Su colosal deslumbramiento
carece de riberas:
sube de firmamento en firmamento,
de esferas en esferas;
sube de cataclismo en cataclismo,
y de escombros en escombros,
y de abismo en abismo,
y de asombro en asombro.
Su colosal deslumbramiento sube
más allá de los altos luminares
en alas de la nube
de una pena más honda que los mares.

¡Oh, la voz del idilio!
¡Oh, la voz con que calma
el alma de Virgilio
la nostalgia recóndita de su alma!
¡Oh, los ósculos frescos
con que sobre la roca
de los lívidos antros gigantescos
besa el céfiro azul su frente loca!
¡Oh, los alegres giros
del espacio sonoro!
¡Oh, los claros zafiros
de las inmensas lejanías de oro!

Trepan los dos viajeros
a la cumbre de un monte,
por una gradería de luceros
que se pierde en el pálido horizonte.
Ascenden tras su blanco simulacro
las místicas escalas,
bajo el silencio sacro
del gran recogimiento de sus alas.
Atraviesan la meta
del prtico de nácar del Oriente.
Se alejan del planeta
con un arco de estrellas en la frente.

¡Oh, los siete sublimes caracoles
de la brillante pira
que como una explosión de siete soles
en el nit del Purgatorio gira!

¡Oh, los remordimientos
con que evocan la Tierra
los arrepentimientos
que abren las puertas que la culpa cierra!

¡Oh, los raudos Jordanes
con que apagan los ojos
el foco abrasador de los volcanes
que alimenta el dolor con sus abrojos!

¡Oh, las velas del barco
que boga en lontananza
bajo la luz del arco
del iris de la alianza!

¡Oh, los rítmicos vuelos
de las almas inquietas
hacia los siete cielos
de los siete planetas!

¡Oh, las estrepitosas avalanchas
de sus cándidas alas de paloma,
ya limpias de las manchas
de los cien tabernáculos de Roma!

Siguen los dos viajeros melancólicos
por el éter opaco;
cruzan los archipiélagos eólicos
de las constelaciones del Zodiaco;
vuelan como dos pálidos querubes,
al compás de dos cítaras sonoras,
sobre dos blancas nubes,
y bajo dos magníficas auroras.

Las siluetas enormes
con que cubren su larga y ancha meta
parecen las dos alas uniformes
de un águila más grande que un cometa.

¡Oh, la dulce ternura
con que al fin de su vuelo
se despiden los dos allá en la altura
ante el místico pórtico del cielo!

¡Oh, las inmensidades
sin órbita y sin polo
cuyas profundidades
cruza Virgilio, que se torna solo!

¡Dante!—Por sus oídos
pasa un viento sedño
cuajado de recuerdos y de olvidos
que flotan en la bruma de un ensueño.
Desciende columpiándose en sus ondas
al compás de una lira de alabastro,
un ángel de alas blondas
bajo el nimbo de un astro.
Es Beatriz. Es la amada virgen pálida
que él vió cruzar un día por el suelo
como la melancólica crisálida
del más hermoso querubín del cielo!

¡Oh, las siete armonías
de las siete parábolas iguales
que trazan—como siete pedrerías—
los siete firmamentos colosales!

¡Oh, las cadencias de los siete vuelos
con que en las alas de Beatriz recorre
las siete escalas de los siete cielos
que se alzan en la luz como una torre!

¡Oh, la aurora que brota de los ortos
del ardiente incensario cristalino
que baten los arcángeles absortos
delante del gran Triángulo divino!

¡Oh, la constelación de los altares!

¡Oh, los órganos de oro!

¡Oh, la diáfana voz de los cantares
de las once mil vírgenes del coro!

¡Oh, los arrobamientos
con que asisten las almas eucarísticas
a los florecimientos
de las eternas primaveras místicas!

¡Dante!—¡No existe nada más sublime
que la enorme grandeza
con que abrumba y oprime
el Triángulo divino su cabeza!

La Tierra con su espíritu recorre.

Ve sus montes mayúsculos.

¡Juntos no igualan la soberbia torre
de los siete crepúsculos!

Le da Beatriz su bendición.—Lo deja
al umbral de los siete paraísos,
y en medio de un relámpago se aleja,
desplegando sus alas y sus rizos.

¡Se pierde allá en la altura
de la atmósfera diáfana y sonora
en una esfumatura
de lágrimas de aurora!

El, parte bajo el sol.—Vuela sereno.
¡Arrastra sin desmayo
como escabel el trueno,
como dosel el rayo!

¡La eterna inmensidad donde se mueve
lo ciñe con los soles que él le arranca!
¡Sus alas son dos ampos de la nieve
que lleva Dios sobre su barba blanca!



R I M A S

Lucha el mar con los flancos de las rocas
y con las sombras de la duda el alma.
Y Dios desde el recóndito misterio
contempla la batalla.
Pero al fin los peñascos se derrumban
y las sombras se rasgan.
Y el mar a nuevas costas se abre paso,
y a nuevos mundos se abre paso el alma.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

MI VELA

Cerca de mi vela, que apenas alumbra
la estancia desierta de mi buhardilla,
yo leo en el libro de mi alma sencilla
por entre la vaga y errante penumbra.

Despide mi vela la llama de un cirio
a fin de que acaso con ella consagre
mi cáliz sin fondo de hiel y vinagre
delante del ara de mi hondo martirio.

A mí no me queda ya nada de todo.
Mis viejos recuerdos son humo que sube,
formando en el éter la trágica nube
que marca la ruta de mi último exodo.

Yo cruzo la noche con pasos aciagos,
sin ver brillar nunca la estrella temprana
que vieron delante de su caravana
brillar a lo lejos los Tres Reyes Magos.

¡Quizás soy un mago maldito! ¡Yo ignoro
cuál es el Mesías en cuyos altares
pondré, con mi lira de alados cantares,
mi ofrenda de incienso, de mirra y de oro!

Al golpe del viento rechinan las trancas
detrás de la puerta de mi buhardilla.
Y vierte mi vela—que apenas ya brilla—
goteras candentes de lágrimas blancas...

ODISEA

Mar sereno. Crepúsculo en calma.
Lejanías profundas y bellas.
Aleteos de alondra en el alma.
Arreboles. Efluvios. Estrellas.

Y la barca al gran viento sonoro
desplegó los undívagos tules,
recamados de púrpura y oro,
de sus rítmicas velas azules.

Iba el bardo a la ignota comarca
donde el alba dilata su imperio;
y de pie, como un dios, en la barca,
desafiaba al inmenso misterio.

Fué después cada estrella apagando
su sagrado fulgor poco a poco;
y en la niebla bogando, bogando,
él siguió por el mar como un loco.

Y batieron las olas bravías
en la inmóvil, caótica bruma,
como airadas esfinges sombrías,
su siniestra melena de espuma.

Y la barca del bardo rodaba,
describiendo soberbias estelas,
bajo el ronco huracán que entonaba
la canción del abismo en sus velas.

Y él de pie desafiaba su ira,
arrojando del alma el desmayo:
¡vió su cetro de dios, en su lira!,
¡vió su nimbo de dios, en el rayo!



A...

Mientras la luna las selvas
y el mustio valle ilumina,
niña, a la luna no vuelvas
tu hechicera faz divina...

Por contrariar mis antojos
su resplandor apagaras.
Y, ¡ay!, esta noche mis ojos.
niña, sin luna dejaras.

MEDITACION

I

Ora la inmensa Creación.—Arriba
trémula engarza su argentino broche
la estrella pensativa
entre los negros bucles de la noche.

Ora la inmensa Creación.—Abajo
el límpido arroyuelo,
sobre su áspero lecho de cascajo,
copia el pálido cielo.

Hay un solo Satán. Con ansia inquieta
siente la voz con que la duda zumba.

Hay un solo Satán. Es el Poeta.
Medita ante una tumba.

II

—¡Oh cráneo sombrío
que con tu cavidad, desierta y vana,
proclamas el vacío
de las grandezas de la vida humana!
Cuántas veces también tú sentirías
rugir en lo interior de tu caverna,

ya para siempre solitaria y muda,
las tormentas bravías
del delirio del dogma, en lucha eterna
con el sarcasmo de la eterna duda!
Quizás tú fuiste el místico palacio
de un apóstol sublime
para quien la extensión del mismo espacio
fué lóbrega prisión, cárcel que oprime.
Pero si fuiste el templo por Dios hecho
para el autor de un dogma soberano,
¿por qué dentro de ti se siente estrecho
el mísero gusano?
Quizás tú fuiste el bizantino trono
del déspota más vil de que hay memoria,
de cuantos con su torpe y negro encono
provocaron los rayos de la Historia.
Pero si fuiste el pedestal sangriento
de un autor de cadenas,
¿por qué alza un himno en torno tuyo el viento,
y brotan azucenas?

III

Del hondo caos que al poeta espanta
se alza una voz profunda que le grita:
—¡Poeta melancólico, levanta
hacia el ámbito azul tu alma infinita
El gran globo que surca el vasto abismo
donde mi eterna actividad yo explayo;
donde yo digo: ¡Sea!

y brotan a mi voz, a un tiempo mismo,
del viento el soplo, de una nube el rayo,
del mar la espuma, de tu ser, la idea:
el globo apocalíptico que mece
en el ámbito azul su ardiente masa,
¡puede menos que tú! Pues él carece
del pensamiento audaz, del don bendito
de escrutar lo que pasa
en sus mismas entrañas de granito.
Hay algo, pues, en ti que vive aparte
de tu misma materia,
que por el fango vil suele arrastrarte;
algo que te engrandece, que te alumbra,
en medio de tu noche y tu miseria;
algo que, desde el fondo que devoras,
sobre alas huracánicas te encumbra,
¡y hace estallar sobre tu frente auroras!



EXCELSIOR

Amémonos los dos como se adoran
los astros que a lo lejos se levantan,
y que las negras nubes evaporan,
y que la gloria de los mundos cantan.

Pero que nuestro amor sea más fuerte
que la roca en que el piélago retumba;
¡que triunfe de las sombras de la muerte;
que haga estallar las losas de la tumba!

Que remonte sus alas de topacio,
desparramando efluvios y arreboles;
que sea en los abismos del espacio
un Sol que apague los más grandes soles.

Que ciña de laureles y de palmas
nuestras frentes olímpicas y bellas;
¡que arrebate y empuje nuestras almas
más allá de las últimas estrellas!

CONFIDENCIAS

I

Me preguntas por qué mi pobre lira,
mi pobre lira que jamás reposa,
en lugar de reír siempre suspira,
en lugar de cantar siempre solloza.

Con el dolor en perdurable guerra
sin gozar nunca del menor encanto,
perdido en el desierto de la tierra,
marco mis huellas con acerbo llanto.

En busca de las fuentes de la vida,
para calmar la sed que me devora,
surco la inmensidad desconocida
a través de una noche sin aurora.

Oigo con ansiedad los ritmos vagos
de la infinita, misteriosa queja
que brota de las selvas y los lagos
cuando ya del espacio el Sol se aleja.

Contemplo con pavor la fuerza extraña
con que, juguete de sus iras locas,
el piélago se estrella en la montaña
que desgarrar su espuma con sus rocas.

II

Yo también tuve instantes halagüeños
en que batieron con rumor sonoro
raudos enjambres de brillantes sueños
en derredor de mí sus alas de oro.

Sí. Yo también con íntimo embeleso,
en dulces horas de apacible calma,
me dormí muchas veces bajo el beso
de los sueños que cruzan por el alma.

Sí. Yo también cuando la luna asoma,
y argenta con serenos resplandores
las tibias brumas de la parda loma,
deliré con fantásticos amores.

Con un amor sin fin que ante mis ojos
hizo girar sin tregua, sin sosiego,
una mujer fatal de labios rojos,
de talle ondulator y ojos de fuego.

III

También yo puedo en mi dolor profundo
volver hacia el pasado la mirada,
y evocar con mis lágrimas un mundo
que para siempre ya se hundió en la nada.

Mas, ¡ay! Yo dejo que ese mundo duerma
con el sueño letal del polvo frío.
El no puede llenar de mi alma enferma
el insondable sepulcral vacío.

IV

Cada murmullo con que el viento zumba
me parece el acento dulce y tierno
con que en su lecho el ángel de la tumba
me convida a dormir el sueño eterno.

Nada me importa ya que en lo infinito
reine la noche ni que el sol irradie.
¡Sólo sé que en el mundo en que me agito
nadie me entiende ni yo entiendo a nadie!



MI MUSA

Yo de las Musas amo la que inspira
los cánticos patriotas,
y arranca de la lira
relámpagos y notas.

Yo de las Musas amo la que truena,
al par de la metralla,
sobre la roja arena
de la ardiente batalla.

Yo de las musas amo la que sopla
y enciende los olímpicos enconos;
y empuña la manopla
y hace astillas los tronos.

Yo de las musas amo la que grita
dentro del corazón y la cabeza:
—¡Viva la ley proscrita!
—¡Viva la Marsellesa!

DERECHO Y FUERZA

*En la contramanifestación del Club Radical a la
celebración del Centenario de Portales*

No es la Fuerza brutal el dios que lucha
por la luz del cerebro que concibe.

¡Es el Derecho! ¡América lo escucha!

¡Es el Derecho! ¡América lo escribe!

Sinaí de la idea,
ella levanta sus eternos montes
entre nubes y rayos y huracanes.

América rodea
de una aurora sin fin sus horizontes
con sus apocalípticos volcanes.

No es la Fuerza brutal la gran conciencia
de un pueblo varonil, de un pueblo bravo.

Ella es la gran demencia
de un pueblo sin honor, de un pueblo esclavo.

Es el Derecho su conciencia augusta.

Es el Derecho su fecundo verbo.

¡El hace soberana, él hace justa
la cólera del siervo!

Hoy una secta alborotada y loca,
al ver que su poder ya se derrumba,
para salvarlo evoca
la fantástica sombra de una tumba.

Hoy una secta con audacia impía
—la vieja secta de misal y cirio—
alza la piedra de una tumba fría
¡y hace un dios de una sombra en su delirio!

No es el santo respeto a la memoria
de un hombre ilustre el móvil que hoy la lleva
delante de la tumba que profana.

Ella teme a la historia.
La historia es juez que humilla y juez que eleva.
¡Y ella será el gran reo de mañana!

El móvil que hoy la lleva ante una tumba,
es el anhelo insano
de que a un viejo ideal que se derrumba
le cante ¡*Hosanna!* un pueblo soberano.

¡América no ha escrito en su ancha ruta
que Chile cante y vibre
la apoteosis de la Fuerza bruta!
¡Chile es pueblo inmortal! ¡Es pueblo libre
¡Es la patria del cóndor de los Andes!
¡Es el obrero de la eterna idea!

¡Marcha en las filas de los pueblos grandes!
¡Su anhelo a lo infinito,
en cada etapa audaz de su odisea
está con cien relámpagos escrito!

¡Chile inmortal! ¡No temas! ¡Adelante!
Harás polvo el obstáculo a tu paso
bajo el hacha gigante
de tu robusto, formidable brazo.
A un tiempo dogma y voz, doctrina y hecho,
tú vencerás en el combate rudo.
¡Tú vencerás, porque será el Derecho
tú metralla, tú lábaro y tu escudo!



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

A C U B A

EN SU REVOLUCION EMANCIPADORA
DE 1895

I

¡Salve, Cuba inmortal, a tus titanes!
Ellos de pie despliegan tu bandera,
al soplo de tus roncós huracanes,
sobre cada peñón de tu ribera.

Ellos cantan de pie tu himno guerrero
sobre cada peñón de tus confines.
Y hacen temblar el despotismo ibero
con la marcha triunfal de sus clarines.

¡Salve, Cuba inmortal, a tus titanes!
Ellos baten de pie sobre la arena,
al sangriento fulgor de tus volcanes,
bajo la tempestad, su ancha melena.

¡Ellos de pie tu inspiración reciben,
y con el alfabeto de la gloria
sobre tus rocas de granito escriben
la página más grande de tu historia!

II

¡Cuba inmortal! El cóndor de la América,
a través de tus vastos horizontes,
remonta el vuelo con pujanza homérica
sobre las cumbres de tus agrios montes.

Bajo el lóbrego manto de la bruma,
sobre tus riscos ásperos, a solas,
sacude con estrépito la espuma
con que sus alas salpicó en las olas.

El raudo cóndor de los altos Andes
anhela contemplar cómo batallas
en el palenque de los dogmas grandes
los pueblos indignados cuando estallan.

Está contigo el sacrosanto Verbo.
¡Ya es tiempo de que enciendas tus enconos,
y al orbe pruebes cómo un pueblo siervo
rompe cadenas y derrumba tronos!

III

¡Cuba inmortal! La fiera tiranía,
sin oír tus recónditos suspiros,
durante cuatro siglos de agonía
ha saciado en tu sangre sus vampiros.

Las llanuras de límites remotos
donde hoy la espada del Derecho esgrimes,
están cubiertas de cadalsos rotos
y de tumbas de mártires sublimes.

Cada lóbrego monte solitario
donde hoy flamean tus pendones fijos,
evoca el cruento, bárbaro calvario
de tus más grandes, más ilustres hijos.

Hace ya cuatro siglos que desmayas,
devorando tus lágrimas a solas.
¡Hace ya cuatro siglos que en tus playas
rugen de rabia y de dolor tus olas!

IV

¡Cuba inmortal! Al huracán deshecho
entona el himno de la lucha homérica.
Es tu causa el gran dogma del Derecho.
Ponte de pie. ¡Contigo está la América!

Tu grito audaz la América conmueve
de montaña en montaña soberana.
Es la gran voz del siglo diecinueve.
¡Es la gran voz de la conciencia humana!

Ya es tiempo de que enciendas tu odio bravo
y de que el rayo de tus iras vibres,

y al orbe pruebes cómo un pueblo esclavo
empuña el cetro de los pueblos libres.

Si el destino es adverso, no te asombrës.
Siempre en las gigantescas odiseas,
al rodar con estrépito los hombres,
forman constelaciones las ideas.

Si el golpe rudo del destino adverso
tu legión de titanes hoy derrumba,
¡verá brotar mañana el universo
una legión de dioses de su tumba!

V

¡Salve, Cuba inmortal! Faltaba sólo
el episodio que tu lucha encierra
a la epopeya que de polo a polo
la América escribió sobre la tierra.

Sólo tu voz faltaba a los cantares
que en su ancha senda de brillantes rastros,
la América en la lira de sus mares
entona al porvenir bajo los astros.

¡Cuba inmortal! La libertad sagrada
es el gran Sol que el universo anima.
¡Los pueblos que saludan su alborada,
la saludan de pie desde la cima!

ASTEROIDE 13

¡No bastan los abrojos de la Tierra!
la turba grita todavía: ¡Guerra!
Aún la turba ruin no desentraña
que es siempre algún tirano quien la engaña.
¡Oh, pobre turbamulta que aún ignora
que es la paloma que el halcón devora!
No surja un redentor allá en sus penas
a limar con sus manos sus cadenas.
¡No surja, no, con su misión divina!
¡Tendrá—si no la cruz—la guillotina!
¡Tuvieron ya—por dilatar su ruta—
unos la hoguera y otros la cicuta!

ASTEROIDE 39 (Poema póstumo)

Siento que mi pupila ya se apaga
bajo una sombra misteriosa y vaga.
Quizá cuando la luna se alce incierta
yo esté ya lejos de la luz que vierta.
Quizá cuando la noche ya se vaya
ni un rastro haya de mí sobre la playa.
Parece que mi espíritu sintiera
las recónditas voces de otra esfera.
No sé quién de este mundo al fin me llama
¡de este mundo que no amo y que no me ama!

I N D I C E

Pág.

<i>Prólogo</i>	5
<i>Testamento Lírico</i>	7
El Monje	9
Pentágono	25
Arte	29
Dantesca	35
Rimas	43
Mi vela	44
Odisea	45
A... ..	46
Meditación	47
Excelsior	50
Confidencias	51
Mi musa	54
Derecho y Fuerza	55
A Cuba	58
Asteroides 13 y 39	62

